

EL FRANCÉS GABRIEL VEYRE FUE EL INTRODUTOR DEL CINE EN CUBA.

Por Enrique Agüero Hidalgo

EL viernes 15 de enero de 1897, al arribar al puerto de la Habana procedente del de Veracruz el vapor francés "Lafayette", de él desembarcaron dos personajes que en el futuro social y artístico de Cuba mucho habrían de influir desde aquel instante.

El uno era italiano, traía una inmensa cantidad de cajas y baúles que encerraban un costoso decorado y vestuario. Venía acompañado de un numeroso séquito de personas que le servían de ayudantes a su trabajo artístico, de carácter impersonal, del que era creador y que en la escena presentaba en forma novedosa y cual si poseyese el don de la ubicuidad, por su multiplicación de personajes. Era transformista y se llamaba Leopoldo Frégoli.

El otro era francés. Traía tan sólo una pequeña caja cuyo contenido era un aparato que tal vez despertaría la curiosidad y provocaría la extrañeza de los vistas de aduana, a quienes les tocara despachar el escaso equipaje de este amable señor, que tenía toda la significación de un diplomático, por la embajada cultural que nos traía desde el lejano París y después de haber recorrido distintos países exhibiendo el reciente invento de los hermanos Augusto y Louis Lumière, quienes lo habían patentado con el nombre de "cinematógrafo". El visitante que acababa de pisar tierra cubana, bajo la dominación española, en aquel memorable día para todos los que del espectáculo cinematográfico en nuestra patria dependen hoy en día, era un ingeniero, electricista y se nombraba Gabriel Veyre.

Leopoldo Frégoli, con su arte maravilloso, causó la sensación del público habanero e hizo una gran fortuna en el corto espacio de quince días de actuación en que conquistó la respetable suma de veinte mil duros.

De su especialidad artística encontró de seguida imitadores, y siendo por cierto superado por uno de nuestros más distinguidos actores polifacéticos. ¿Quién ha podido olvidar al gran Manolo de la Presa en sus múltiples creaciones al estilo fregoliano y sobre todo como destacado ejecutante de distintos instrumentos, cualidad ésta que le daba oportunidad de aparecer en los programas como excéntrico musical y consagrándose en sus difíciles ejecuciones en el violín, facultades éstas que por cierto no poseía el creador del género innovador de actuación escénica, haciéndole por lo tanto a nuestro inolvidable compatriota, ya desaparecido, conquistar el cetro en ese difícil arte donde hay que ser muy ágil y tener mucha destreza.

El transformismo no llegó a perdurar en la escena teatral de Cuba, pues ya perdió sus escasos intérpretes. Donde sí se aprovecharon en gran escala las enseñanzas de Frégoli, en todo tiempo, es en la política, donde se han multiplicado, interminablemente, los imitadores.

Pero en cambio, la semilla que aquí vino a sembrar Gabriel Veyre al darnos a conocer el cine, bien que ha fructificado desde aquella inolvidable tarde del domingo 27 de enero de 1897, en que se abrieron las puertas del pequeño salón existente en Prado número 126, entre el Cuartel de Bomberos del Comercio y el antiguo gran Teatro de Tacón, hoy convertido en el moderno Nacional, aunque siendo propiedad del Centro Gallego.

A las 6 y 30 p.m. de aquel día se iniciaba en nuestra capital y por consiguiente en Cuba toda, el espectáculo de exhibición cinematográfica, al confrontarse el público asistente a aquel primitivo local improvisado, con la curiosidad de ver, en medio de la semi-oscuridad que reinaba en aquella sala, el desfile de las "vistas de movimiento" ya que por tan largo tiempo le habían acostumbrado a la proyección de "vistas fijas" en los anunciadores lumínicos existentes entonces en las azoteas del

Teatro Tacón y la Manzana de Gómez, al igual que en otros lugares de la ciudad, en que al aire libre se ofrecía gratuitamente este espectáculo, y cobrándolo, conjuntamente con otras diversiones, en el "Panorama Soler", establecido en Bernaza número 3; en el "Antiguo Panorama", de O'Reilly 118, y en el "Salón de Ilusiones Ópticas y Variedades" que estuvo situado en Prado número 118, entre los elegantes "Helados de París" y "El Cosmopolita".

El mágico espectáculo que Veyre ofrecía en tan reducido espacio de lugar y tiempo, ya que las tandas se sucedían de media en media hora, hasta las 11 y media de cada noche, causó una gran admiración y motivó también el que el simpático francés de exquisita cortesía, convertido en empresario y proyeccionista a la vez, conquistara un fortúnón en la temporada de dos meses en que estuvo controlando su novedoso espectáculo, noche a noche, en el mismo sitio, repitiendo con tal motivo los éxitos que recientemente había obtenido en México, donde se conquistó aplausos, amigos y dinero.

De los cronistas habaneros, bien que Veyre no se pudo quejar, pues le dispensaron una gran acogida, sumándose a la decisión del público, y prodigándole crónicas muy elocuentes en periódicos y revistas considerando muy elogosamente el milagro producido por el amable empresario galo al presentar su espectáculo de cine.

No contento Veyre con darse a conocer en esta faceta de exhibidor, quiso también demostrar otra de las propledades que tenía su maravilloso aparato,



o sease el de fotografiar, y al efecto, a los pocos días de funciones, nos inició también en la producción de films con un documental, según por lo que se desprende de la información que aparece reseñada en "La Lucha" del 8 de febrero de 1897 bajo el siguiente título:

"SIMULACRO-OBSEQUIO"

"A las diez y media de la mañana de ayer, domingo, se presentó en la Estación Central de los Bomberos del Comercio, la notable actriz señora María Tubau de Palencia, manifestando deseos de presenciar un enganche del material del mismo, y habiendo indicado el director del Cinematógrafo Lumière que reproduciría un simulacro de incendio, de efectuarse en un espacio de tiempo muy breve, dispusieron los señores Granados y Zúñiga, jefes del Cuerpo, llevarlo a efecto, saliendo el material de guardia, bomba, carretel y carro de auxilio, dando una vuelta y tomando la bomba la caja de agua situada en la puerta de dicha estación. Se tendieron dos mangueras, se empalmaron las escaleras, subiéndose uno de los pitones a la azotea en el término de un minuto, que es tiempo que emplea aquel aparato fotográfico para obtener las vistas de movimiento.

La verdad de estos hechos podrán comprobarse cuando se exhiban las vistas en dicho Cinematógrafo, lo que se realizará en uno de los días de la próxima semana".

De que la película citada fué bien lograda, buena prueba demuestra la siguiente crónica, publicada también por "La Lucha", al inaugurar los empresa-

rios Ubago, Arnautó y Luna su "Nuevo Cinematógrafo Lumière" el día 12 de agosto del citado año y en el mismo lugar donde estuvo el de Veyre:

"Y las que copian escenas interesantísimas y siempre de alta novedad para el público habanero: escenas de episodios de bomberos. Se asiste a la salida de las bombas en una alarma, a la colocación de la batería, al ataque al fuego, el salvamento; todas escenas tomadas en Cuba y ante las cuales forma un soberbio contraste una gran vista que representa una alarma de incendio entre bomberos de Londres".

En el mes de abril de 1903, en las funciones que con tan resonante éxito efectuaban noche tras noche, en el teatro "Payret", con su Bioscopio Inglés, los afortunados empresarios cubanos Frank Costa y Chas Prado, exhibían frecuentemente la citada "primera película producida en Cuba" que tan sólo duraba un minuto en ser exhibida en la pantalla.

Gabriel Veyre, después de ofrecer también funciones cinematográficas en el teatro Payret en combinación con la compañía dramática del actor Sánchez del Pozo, desde el 29 de abril de 1897, se despidió del público habanero en la noche del 4 de mayo.

Y en vista del éxito que aquí obtuvo, tanto a lo que artísticamente se refiere, como lo tocante a la parte comercial de la empresa, volvió de nuevo a Cuba al finalizar el mes de marzo del siguiente año, a reeditar sus triunfos anteriores y se instaló en el mismo lugar, según vemos en la siguiente mención que reproducimos de la revista "El Hogar" del 27 de marzo de 1898:

"Nuestros lectores recordarán el Cinematógrafo Lumière del año anterior instalado al lado del Cuartel de Bomberos—hablo del primero que se presentó en la Habana—; pues bien, su propietario, con una nueva colección de 200 vistas ha reanudado desde el viernes sus exhibiciones al precio de 30 centavos las tandas de doce vistas".

Y para terminar, ofrecemos también la siguiente crónica que con tal motivo publicó en "La Lucha" del día 28 el notable cronista Aniceto Valdivia, que firmaba sus interesantes escritos bajo el pseudónimo de Conde Kostia:

"Pocas líneas para dar cuenta de la inauguración del Cinematógrafo Lumière, en el sitio en que antes estuvo; entre el cuartel de bomberos y Tacón. Ha gustado tanto o más que los otros. Trae muchas vistas muy bien representadas, entre otras una corrida de toros brillante y rica de detalles.

El cinematógrafo comenzó en Europa y América, siendo algo así como un teatro de fantoches que la Moda patrocinaba. Ha ido creciendo en prestigio y ciencia. Hoy no es una moda; es un síntoma.

Por lo tanto, digno de atención—la que no dejamos de consagrarle,

El cinematógrafo estará algún tiempo entre nosotros, porque trae más de doscientas vistas que irán mirando semana por semana, si como hasta ahora, sigue siendo la concurrencia a él numerosa".

Y fué un gran vaticinio para el futuro del cine en Cuba, lo que últimamente cita en su crónica el brillante escritor y diplomático que tanto enalteció a su patria, con su pluma y su talento.

Van a cumplirse nada menos que la friolera de cuarenta y siete años, desde que Gabriel Veyre nos iniciara en la morbosa curiosidad que despierta el cine y que desde entonces poco a poco fué adueñándose del gusto popular y se impuso como espectáculo al alcance de todas las fortunas.

Dediquémosle, pues, al poner punto final a esta reseña histórica, un recuerdo de gratitud, por el bien que nos hizo, al introductor del cine en nuestra patria.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA